

EL BAUTISMO DEL SEÑOR (A)
Homilía del P. Hilari Raguer, monje de Montserrat
13 de enero de 2008

Con la fiesta del Bautismo de Jesús se termina hoy el ciclo de Navidad. Acabamos de celebrar el nacimiento y la infancia de Jesús. Después de treinta años de vida escondida en el hogar de Nazaret, ahora empieza su vida pública. No lo hace de forma espectacular con una sublevación política y militar como los judíos esperaban del Mesías, sino que empieza como un hombre que se mezcla con la multitud de los que se reconocen pecadores y que piden ser bautizados por Juan. Seguidamente Jesús, empujado por el Espíritu Santo (como precisa Lucas), irá al desierto a ayunar y a vencer las tentaciones de mundanizar, politizar y militarizar su misión. Pero es sobre este siervo humilde que se revela, en forma de paloma, la presencia del Espíritu Santo. La voz del Padre que lo reconoce como Hijo amado en quien tiene su complacencia, proclama que en él se cumple la profecía del Siervo de Dios del profeta Isaías, que hemos escuchado en la primera lectura. Los judíos pasaban por alto aquellas profecías del Siervo que tenía que sufrir. Preferían los salmos del rey que dominaría de un mar a otro y se le postrarían todos los enemigos, y aquel Hijo de hombre que vendría del cielo, en las nubes, recibiría la soberanía y su reinado no tendría fin.

Jesús no necesitaba en absoluto ser purificado. San Ambrosio decía que se hizo bautizar, "no para lavarse él, sino para lavar las aguas, a fin de que, limpiadas por la carne de Cristo, recibieran la potencia del bautismo". Y san Gregorio Nacianceno dice que lo hizo "para sumergir en el agua a todo el viejo Adán" y "para santificar las aguas". Cuando se sumergía en el Jordán, nos llevaba a todos nosotros, tal como nos llevaba en la cruz y en el sepulcro; y cuando subía del agua también nos llevaba, como cuando resucitó del sepulcro y cuando subió al cielo. Por eso hoy, al empezar esta celebración eucarística, en lugar del acto penitencial hemos renovado nuestro bautismo con la aspersion del agua. Como decía el gran teólogo de la liturgia, el Papa san León, "Aquello que era visible de nuestro Redentor, ha pasado a los sacramentos". Aquello que hizo, dijo o le hicieron, o sea todos sus misterios, desde la Encarnación hasta la Ascensión, nosotros lo encontramos en los sacramentos. Durante la Vigilia Pascual, en la bendición de las fuentes bautismales, el celebrante recuerda que Jesús fue bautizado por Juan en el Jordán, que mandó a sus discípulos a que convirtieran todos los pueblos y los bautizaran en el nombre de Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y ruega así: "Mirad ahora vuestra Iglesia y abridle la fuente del bautismo. Que esta agua reciba del Espíritu Santo la gracia de vuestro Unigénito...". Y introduciendo el cirio pascual en el agua de la fuente bautismal, dice: "Que descienda, Señor, por vuestro Hijo, hasta el fondo de esta agua la fuerza del Espíritu Santo, para que todos los que habrán sido muertos y sepultados con Cristo por el bautismo, resuciten con él a la vida".

El bautismo nos marca indeleblemente. La Iglesia tiene compasión de los débiles y dispensa a veces los votos religiosos o los compromisos sacerdotales, pero ni el Papa ni nadie puede dispensar nunca del bautismo, de sus renunciaciones y de sus promesas. Podemos ser infieles, pero seríamos cristianos infieles. Hay quienes quieren apostatar formalmente de la Iglesia, pero por más que vayan al juez, al registro o al notario, llevarán el carácter o marca del bautismo en esta vida y en la otra, y esta marca es como una semilla que puede revivir. Si en nuestro país hay muchos inmigrantes sin papeles, en la Iglesia hay muchos emigrantes con papeles. Externamente se han ido, pero todavía conservan la ciudadanía cristiana. Los que retornan a la Iglesia - un fenómeno que se da actualmente con una cierta frecuencia - no se vuelven nunca a bautizar; simplemente, dejan que la gracia bautismal mortecina reviva. En nuestro

Museo bíblico, allí donde está la momia, se pueden ver, entre los alimentos que ponían al lado del difunto para que no le faltara la comida en la otra vida, un recipiente con granos de trigo. Dicen que granos de trigo de las pirámides, después de más de dos mil años, puestos en tierra húmeda han brotado. Con mucha más fuerza puede rebrotar la gracia bautismal en los bautizados que habían dejado la práctica religiosa. Que no desesperen, pues, los padres que sufren porque los hijos ya no van a misa, pero por otra parte son buenos hijos y obran honradamente, según su conciencia. Si el Bautista decía que Dios es poderoso para sacar de las piedras hijos de Abraham, que no duden que Jesús, que les llevaba con él en el Jordán, puede devolverlos a la madre Iglesia. Insistimos, y con razón, que el bautismo es un compromiso, pero en este sacramento no es sólo el bautizado quien se compromete; Jesucristo también se compromete. Como dice la 2ª carta a Timoteo: "Si somos infieles, él continúa fiel, ya que no puede negarse a sí mismo" (2 Tm 2,12).

Con respecto a nosotros, que nos consideramos cristianos practicantes, quizás tendremos que reconocer que nuestra vida de fe es raquítica, como una semilla reseca, pero le podrá ser como rocío del cielo que la haga reflorar, el agua bendecida y asperjada al inicio de esta celebración y la profesión de fe bautismal que ahora recitaremos.